

mentos estuvo sin pronunciar palabra. Mientras tanto el bote deslizábase plácidamente, ya sobre un lecho de algas, que dificultaban aún más que antes el manejo de los remos, ya bajo frondosos árboles, pero siempre entre elevadas márgenes que se destacaban sobre sus cabezas.

—¡Por favor! ¡Mira qué plantas tan hermosas! — exclamó Alicia de pronto, en un transporte de alegría —. ¡Son realmente bellas..., y qué perfume exhalan!

—No necesitas decirme ¡por favor! para eso — repuso la oveja sin abandonar su trabajo —. Yo no las puse ahí, ni las voy a sacar de donde están.

—Ya sé. Lo que quiero decir..., por favor... ¿Podemos detenernos y cortar algunas? Si no te opusieras a que el bote parara unos minutos.

—¿Y cómo puedo yo detenerlo? — contestóle la oveja —. Deja de remar, y él solo se detendrá.

El bote fué abandonado a sus propios impulsos, deslizándose sobre la ondulante corriente entre perfumadas adelfas y lujuriantes nenúfares... Alicia se levantó las diminutas mangas de su vestido y sumergió en las aguas cristalinas sus dos bracitos hasta el codo, para poder asegurar desde bien abajo los tallos antes de arrancarlos... Por unos minutos se olvidó en absoluto de la oveja y de su calceta, y permaneció inclinada sobre el agua con las trenzas sobre la corriente, los ojos llenos de ansia y de entusiasmo, ocupada en las plantas.

—Lo único que deseo es que no zozobre el bote — pensó —. ¡Oh, qué hermosa rama! ¡Lástima que no esté a mi alcance!

Esto, francamente, contrariábala un poco. «Como si lo hicieran a propósito», pensaba, pues aunque recogía muchísimas y fragantes flores mientras el bote avanzaba con lentitud, siempre había alguna mucho más bella, que no podía atrapar.

—¡Las más lindas son esas! — exclamó suspirando de aquellas ramas, mientras, con las manos y el pelo asiendo, arreglando los tesoros.

¿Qué le importaba a ella marchitarse y a perder todo el mismo instante en que los reales duran poco... Y díanse como la nieve con sus pies... Pero Alicia al detalle. ¡Había otras cosas.

Seguramente estaban los remos se atascó dentro de de arrancarlo (así lo expusieron no fueron muy debajo de la barba y, a pavor y de protesta, fué marchito montón de flores.

A pesar del golpe no se puso de pie, mientras la calceta, como si nada hubiera.

—¡Qué lindo cangrejo! — dijo cuando Alicia se acomodó contenta de verse aún de.

—¿Un cangrejo? ¡No! — dijo, saltando sobre un lado de tamente las oscuras aguas se escapara. ¡Deseaba tanto.

La oveja rióse burlona de la calceta.

—¿Hay muchos cangrejos? — dijo Alicia.

—Cangrejos y toda clase de.